

honor y calidad. La Academia no se apartará del camino de la templanza; repetirá lo que otros dijeron, y del calor de la frase no se hace en manera alguna responsable.

»Antes de exponer el estado de la polémica, conviene prevenir el ánimo con una noticia que acaso haya influido más de lo que á primera vista parece, en la serie de actos y en el sesgo de la controversia relativa al descubrimiento.

»Pinta el Rdo. Obispo á Cristóval Colon, no con los suaves colores de la virtud, sino con otros más fuertes y vivos que anuncian la santidad. «¿Quién sabe (exclama) si mientras que prelados y laicos emplean sus cuidados y sus plumas para ver introducida la causa de este insigne varon cerca de la Santa Sede, la Providencia ha permitido oportunamente el descubrimiento *de sus reliquias?*» El Conde Roselly de Lorgues, interviniendo en la cuestion como auxiliar del Obispo de Orope, con una autoridad superior á su condicion de laico, no vacila en declarar que Cristóval Colon murió *en olor de santidad*.

»No negará la Academia los méritos del héroe, y mucho ménos juzgará las virtudes del santo. Las cosas del cielo rayan muy por encima de su humilde competencia. De las que pasan en la tierra sabe que no hace mucho tiempo fué promovida con vivas instancias por una parte del clero y del pueblo católico la causa de la beatificacion del primer Almirante de las Indias, siendo el Obispo de Orope uno de los más ardientes obreros en su calidad de prelado, y un infatigable postulante el Conde Roselly de Lorgues. La causa se halla hoy abandonada ó en suspenso, segun dicen, «por dificultades de forma.» Falta averiguar si entre la esperanza concebida y el descubrimiento oportuno existe algun lazo secreto ó algun misterio providencial, que tales son las solemnes palabras del P. Cocchia. En cuanto á si Cristóval Colon murió en olor de santidad, la Academia se permitirá observar que ese rumor no consta en las páginas de nuestra historia. La humanidad tiene debilidades y flaquezas de espíritu que le persiguen, como hay achaques y dolencias que fatigan nuestro cuerpo miserable. Hacia el fin del siglo xv y principios del xvi el P. Roman de la Higuera abusó de la indulgencia de la opinion entónces reinante acerca del *dolo pio* ó fraude piadoso; y de aquí la peste de los falsos cronicones. El ejemplo tuvo imitadores; y aunque la crítica moderna combate sin piedad toda invencion por el estilo, todavía puede haber alucinados que se atrevan á probar fortuna en estas lides imprudentes, sino temerarias, porque se aventura mucho empeñando el combate con armas de tan mala ley.

»Mueve á los mal aconsejados sectarios del P. Roman de la Higuera un interes distinto del único aparente en los folletos y periódicos dominicanos. No todo es amor á Cristóval Colon, y deseo de perpetuar su memoria. Una vez beatificado, el mudo y estéril título de Iglesia Primada de las Indias que hoy lleva la Catedral de Santo Domingo, siendo la depositaria del cuerpo santo, la sublimaria hasta

merecer el nombre de la Jerusalem Americana. La ciudad florecería al abrigo del santuario, y el número actual de 10.000 habitantes crecería en poco tiempo, así como la invencion del cuerpo del glorioso Apóstol Santiago en el siglo ix hizo que los fieles se agrupasen alrededor de su sepulcro, dando la piedad principio á la poblacion de la antigua Compostela.

»No son vanas sospechas hijas de la malicia de los adversarios, sino conjeturas fundadas en documentos auténticos, y robustecidos con pruebas de carácter oficial.

»Apénas el Rdo. Obispo de Orope entregó el acta del 10 de setiembre á los vientos de la publicidad, se apresuró á notificar «el hallazgo de *los verdaderos restos* de Cristóval Colon» á todos los soberanos y jefes de Estado de Europa y América, rogándoles que tuviesen á bien contribuir con algo «á la ereccion de un monumento digno del Padre del Nuevo Mundo» en la ciudad de Santo Domingo (1).

»La circular tendía á obtener de los Gobiernos á quienes iba dirigida, un reconocimiento explícito, ó cuando ménos implícito de *los verdaderos restos* de Cristóval Colon; cosa nunca vista ni oída, pues nadie hasta ahora imaginó resolver una cuestion histórica con un criterio internacional. El óbolo ofrecido por cualquier Gobierno habría sido interpretado como voto favorable. Las artes de la diplomacia episcopal se estrellaron contra la indiferencia ó incredulidad de las Cancillerías extranjeras. Acaso no hallaron la fórmula adecuada al reconocimiento de los muertos. Como quiera, ocho meses despues de lanzada la circular, el Obispo de Orope había recibido dos solas respuestas, las de los Gobiernos de SS. MM. Británica y Danesa: aquella, una disculpa cortes, alegando que carecía de fondos aplicables al objeto, y ésta, una negativa perentoria.

»La prensa intervino en la polémica. *Il Movimento* de Génova y algun otro periódico de Italia abrazaron ciegamente el partido del Obispo su compatriota. El *Daily Advertiser* y el *Evening Transcript*, ambos de Bóston, con mejor acuerdo,

(1) Excmo. Sr. Presidente de la República Argentina.

Excmo. Señor: Un acontecimiento de la mayor importancia histórica, el hallazgo de los verdaderos restos de Cristóval Colon, me anima á dirigirme respetuosamente á V. E.

»El hallazgo tuvo lugar el día 10 de los corrientes en esta Santa Iglesia Catedral, en la forma y solemnidad acreditadas por el documento impreso que tengo la honra de acompañar á V. E.

»Los preciosos restos *serán religiosamente guardados en la misma Catedral*; pero el nombre y la gloria de Colon pertenecen de una manera particular á toda la América.

»En este concepto, tratándose de erigir un monumento digno del padre del Nuevo Mundo, he querido no deber defraudar el vivo afecto, ó mejor dicho, los sentimientos filiales de todos los estados del mismo.

»En mi calidad, pues, de Jefe de la Santa Archidiócesis *y de italiano*, elevo mis súplicas á V. E. para que se digne contribuir á dicho monumento del modo que juzgue oportuno, y autorizarme al propio tiempo á grabar en uno de los mármoles el nombre de V. E.

»Dígnese V. E. aceptar los sentimientos de mi más alto respeto y profunda veneracion. Dr. Roque Cocchia, Obispo de Orope, Delegado y Vicario Apostólico.»

dudan y esperan que hable la Academia de la Historia de Madrid para formar su opinion con pleno conocimiento de causa. Un diario de Buenos Aires suspende su juicio, y pide sea oído el dictámen de la ciencia «antes de asentir á caprichosas aseveraciones que bien pueden reconocer por causa un deseo esencial y eminentemente místico, ó el ensueño de la fantasía de un pueblo irreflexivo;» y otro de la misma ciudad, no tan paciente y comedido, excita al Presidente de la República, glosando la circular, á no tomarla en serio. El grave y sensato *Atheneum* de Lóndres califica sin rodeos el pretendido descubrimiento de una verdadera farsa (*a perfect humbug*). Más cruel y sañuda se muestra *La Opinion Nacional* de Caracas, insertando un artículo debido á la bien cortada pluma de un cubano poco benévolo con España y los españoles, versado en la genealogía y en la historia de los Colones, y al parecer muy bien informado de ciertos rumores esparcidos en la vecindad de Santo Domingo, que la Academia á tan larga distancia no percibe. Séale permitido copiar algunos pasajes, y someter al fallo de los doctos la viva contienda empeñada entre don Fr. Roque Cocchia y don Juan Ignacio de Armas, resignándose por esta vez á ser muda y fria espectadora del combate.

«Don Cristóval Colon (dice), hijo del segundo Almirante don Diego, hermano del tercer Almirante don Luis, y nieto del descubridor, es el difunto de la urna. Le convenia en su tumba la inscripcion de las letras góticas alemanas, porque no llegó á ser Almirante, por haber muerto en vida de su hermano mayor don Luis, y era *ilustre y esclarecido varon* por ser hijo de doña Maria de Toledo, sobrina del Duque de Alba y prima de Fernando el Católico...»

«Don Cristóval Colon y Toledo fué militar, alcanzó el último tercio del siglo xvi, y al tiempo de su muerte ya eran de uso general proyectiles ligeros como el encontrado en la urna. No consta si fué ó no fué herido; pero una bala de á onza entre sus huesos, no es un hecho inconciliabile con su identidad, como lo es entre los huesos del Descubridor. Murió en Santo Domingo, fué enterrado en la Catedral, y los españoles no se llevaron sus restos al llevarse los del Descubridor.»

«Por último, consta la autenticidad de su tumba por las siguientes frases de Moreau de Saint Mery que conoce perfectamente el Obispo Roque Cocchia: «Fuera de la peana del altar mayor, á derecha é izquierda, reposan *en dos urnas de plomo* los huesos de don Cristóval Colon y los de don Luis, su hermano.» Y así era en efecto; allí reposaban cada uno en su urna de plomo, los dos hermanos Colon y Toledo, nietos del Descubridor: don Cristóval, que murió primero, á la derecha, y don Luis á la izquierda. La urna de este último se sacó el año último, no *casualmente*, sino *deliberadamente*, y se vió en la parte exterior de su tapa la inscripcion antigua con sus títulos y honores. La otra salió en silencio del punto conocido en que se hallaba, y hoy se buscaría en vano, ni á la derecha de la

peana del altar mayor, ni en ningun otro lugar de la Catedral. Fué consumida en el laboratorio de una evidente trasfusión de personalidad. Una devota y bien intencionada mano la trasportó al presbiterio, debajo del sitio ocupado por la silla episcopal, el mismo tal vez que ocupaban hasta 1795 los restos del Descubridor. La tapa tenia por encima la inscripcion, como sucede en todas las urnas; pero vuelta al revés, quedó por dentro el letrero cincelado en letras góticas alemanas, y en la cara que quedó externa se trazaron entónces las iniciales D. de la A. y las demas que se conocen, anacronismo y error que sólo pudo cometer alguno no muy versado en la historia colonial de España (1).» (a)

»La imaginacion acalorada de los dominicanos los extravía y arrebató al extremo de no reconocer títulos superiores á los suyos para poseer los restos de Cristóval Colon, «por ser (dicen) la Isla Española la tierra que primero descubrió, la Concepcion de la Vega la primera ciudad que fundó, pobló y prefirió para su sepultura, y en fin, su tierra predilecta, la tierra de su amor, la cuna y patria del último Almirante. Olvida sin duda el pueblo dominicano que ántes de constituir un Estado independiente le unian con España los vínculos naturales y políticos que existen entre la metrópoli y la colonia; que al renunciar nuestra nacion su derecho de soberanía en la isla no renunció su historia; que las hazañas de Cristóval Colon corren por cuenta de su patria adoptiva; que los Duques de Veragua son grandes de España y no ciudadanos de la República de Santo Domingo; y olvidan tambien los dominicanos, cuando más alto levantan el grito para denunciar á la posteridad la ingratitud de los españoles, que son de la raza de los conquistadores, y que hay entre ellos Bobadillas, por cuyas venas corre tal vez la sangre de aquel aborrecido don Francisco de Bobadilla que redujo á prision y cargó de hierros al descubridor del Nuevo Mundo.

»El Obispo de Orope, al contemplar los despojos contenidos en la urna, exclamó con voz casi inspirada, apostrofando á los habitantes de la antigua Isla Española: «El hombre que te descubrió *es y será contigo* (2).» Sin embargo, la profecía no está en vías de cumplirse. El codiciado tesoro se disipa y desvanece, confiada su custodia á infieles depositarios. Consta á la Academia que don Luis Cambiaso, el cónsul del Rey de Italia y el confidente del Obispo de Orope, ofreció

(1) *Las supuestas cenizas de Colon*. V. *La Opinion nacional* del 24 de mayo de 1878.

(a) Lo que *dice* y lo que *calla* el autor de este artículo queda para nosotros evidentemente demostrado, ateniéndonos á la sola forma de la letra de la inscripcion, sin necesidad de entrar en más pormenores, ni pruebas. No nos cansaremos de repetir, áun á riesgo de ser pesados, que á voz en grito pregonan las inscripciones la falsedad del hallazgo de *los verdaderos restos de Colon*, EL DESCUBRIDOR.

(2) *Pastoral*, pág. 11.

al municipio de Génova *un vasetto in cristallo, contenente una piccola quantità delle ceneri del celeberrimo scuopritore del Nuovo Mondo* (a).



» Entre tanto digan lo que quieran los periódicos dominicanos, al primer aniversario del fausto suceso no concurrieron, aunque fueron invitados, ni el cónsul de Francia, ni el de S. M. Británica, ni algunos otros, excepto los de Italia, Alemania y Holanda, todos tres comerciantes nacidos y establecidos en el país, y el de los Estados Unidos; y asimismo es de notar que ninguno, salvo el de Italia, enarboló aquel día la bandera nacional. ¡Tan poca fé merece el descubrimiento patrocinado por el Obispo de Orope!

» Sabe también la Academia que ya por el mes de mayo último se mostraba en Caracas con misterio «una porción del sagrado polvo, junto con un pedazo de la lápida que cubría la bóveda, que alguno pudo proporcionarse á *todo costo* con su comprobante en regla y firmado por escribano, y legalizado en cuatro idiomas distintos por otros tantos cónsules extranjeros; y no ignora que un don Jesus Maria Castillo enseñaba en la ciudad de Bóston, corriendo el mes de enero, un frasco de cristal que contenía una corta cantidad de polvo rojizo extraído de la urna descu-

(a) En la página 511 de este mismo tomo hemos publicado nosotros la relacion de la entrega de esta redomita, con todos sus detalles. En esta se acompaña un dibujo exacto de la misma.

bierta en Santo Domingo, y se titulaba ingeniero de su Catedral con mision de las autoridades eclesiásticas para recoger limosnas con destino á la construccion de un monumento (1).

» ¡Qué profanacion! ¡Qué menosprecio! ¿Y es el Obispo de Orope, y son el clero y el pueblo dominicanos quienes pretenden dar lecciones de gratitud á los españoles, y presumen de admiradores de Colon y de celosos por su gloria? ¿Qué se hicieron aquellas palabras «el hombre que te descubrió *es y será contigo*?» Sin duda se las llevó el viento, así como la solemne promesa de la circular: *los preciosos restos serán religiosamente guardados en la misma Catedral*, de donde sin embargo van saliendo poco á poco para esparcirse y disiparse como el humo.

» España, ménos arrogante y parlera, no consintió jamas en partir con nadie los huesos del descubridor del Nuevo Mundo, porque tiene la fé que falta á los autores y cómplices del *fraude piadoso*, cuyo trasparente disfraz es el acta de Santo Domingo. ¿Quién no recuerda el juicio de Salomon, y cómo la madre fingida se allanó á recibir la mitad del hijo disputado, mientras la verdadera prefirió ceder á su rival la parte que le correspondía?

» Los restos de Cristóval Colon yacen en la Catedral de la Habana á la sombra de la gloriosa bandera de Castilla. Isabel la Católica la confió á la lealtad, valor y pericia del audaz navegante, cuando pobre aventurero se lanzó en los desiertos del Océano, puesta la proa al Occidente en busca de tierras desconocidas. Justo es que cubra su sepulcro el mismo pabellon que enarboló en el puerto de Palos, al embarcarse en la carabela *Santa María*. Allí descansan los huesos del primer Almirante de las Indias; aquella es su última morada.

» MANUEL COLMEIRO.

» Madrid 14 de octubre de 1878. »

(1) *Il Movimento* (28 de julio de 1878), *La Opinion Nacional* (21 de mayo de 1878), *The Daily Advertiser*, (enero 18, 1878), *The Evening Transcript* (enero 21, 1878).

Existen además en poder de la Academia documentos oficiales que lo confirman.